

# EN MEMORIA DEL GRAN POETA DRAMATICO

## ALEJANDRO CASONA

SU NOVICIADO LITERARIO EN MURCIA

P O R

ANDRES SOBEJANO

*En la noche del 24 de septiembre último, y en el Aula de Cultura de la Caja de Ahorros del Sureste de España en Murcia, el Grupo de Teatro Latino de la Delegación de Organizaciones del Movimiento celebró con exquisitez un acto necrológico literario al que dió el título de "Meditación en torno a Alejandro Casona" y que fue encabezado con la lectura del Prólogo siguiente que aquí insertamos, en honor del eximio autor teatral fallecido:*

«Acierto ha sido, indudable, de los organizadores de esta sesión necrológica, rotularla en su anuncio invitatorio, de «Meditación»; término que implica el aislamiento de todas las potencias de nuestra alma para clavar y fijar la atención en una sola cosa o aspecto, suceso, hecho o idea, calando hondo en su médula y entraña hasta penetrarnos o imbuirnos, total e íntimamente, de su entidad y circunstancias. Meditar, lo mismo en lo religioso que en lo profano, es entregar y sumergir la mente en un solo pensamiento que nos absorbe y adueña. Cuando, como en este caso, el motivo es triste, tristísimo, la desaparición imprevista de un escritor preclaro y hombre bueno, como Alejandro Casona (que de Dios goce), para dolernos adecuadamente de ella, para mensurar su figura en nuestra me-



moria y estimación, para rezar por él interiormente palabras sentidas y mojadas, para meditar, en suma, sobre su persona y su obra, se necesita re-vestirnos aquí y saturarnos de esa niebla, tan cara a nuestro muerto, de esa boria impalpable y sedante que nos sube a veces de los valles profundos del alma y que se contiene en esta sola palabra sin rumor : Recogimiento.

Si, ante la trascendencia de su obra artístico-literaria y ante lo universal y merecido de su fama de autor dramático, está justificada la meditación representable y comentada, que se va a hacer en este homenaje, de algunos fragmentos seleccionados de sus obras, ante el dolor actual de su reciente muerte deplorada se impone una grave y compungida meditación. Una meditación absoluta, no puramente fría y objetiva, sino muy recóndita y del corazón, la "*meditatio cordis*" que dice el Salmista, y que nos estremece, no tanto por la alarmante impresión de la repentina ausencia definitiva del hombre o del amigo, cuanto por la ponderación ampli- ficada y cualitativa de lo que nuestra nación y el mundo de las Letras han perdido con su desaparición irreparable del escenario de esta vida.

Se van a oír aquí varios parlamentos y diálogos escogidos de entre las mejores obras de Casona; porque a los muertos insignes hay que seguirlos oyendo en cuanto dejaron escrito o hablado. Se van a escuchar algunos trozos y frases memorables. Pero, tened en cuenta que esto no es un simple espectáculo, siquiera necrológico, ni una lírica lamentación: Esto es una auténtica y sobrecogedora meditación colectiva, con algo de devota honorificencia; algo así como un oficio exequial o especie de misa laica, de memoria insepulta, que vamos a concelebrar reunidos unos cuantos admiradores y amigos del extraordinario poeta dramático que en los diez últimos lustros abrió horizontes nuevos al Teatro español contemporáneo, marcándole rumbos y derroteros por donde camina con éxito triunfal todavía.

Como los jóvenes actores y recitadores se han de ocupar a fondo de la meditación representada y parcial de la obra del llorado y genial dramaturgo, que ha caído inevitablemente en los dominios de Libitina, la diosa romana de los funerales, permitidme a mí, señalado para este caso por una razón de viejo y arraigado afecto con el extinto y óptimo amigo Alejandro Casona, cuyo nombre queda esmaltado ya en todas las Historias y Antologías de la Literatura dramática contemporánea, que esboce yo ahora previamente y dirija la antedicha Meditación sobre su noble y amable persona, a grandes y levisimos rasgos.

Y como, en la iniciación y método de las meditaciones ascéticas, se comienza por plantear una situación imaginativa pertinente y propicia que llaman «composición de lugar», así también yo, enfocando añejos recuerdos y sentimientos de amistad y de murcianismo, os lleve con sa- tos de memoria a evocaros, en condensadas y breves líneas, la estancia.



estudios escolares y privados, y el despertar de su vocación en esta mi ciudad, del joven asturiano (entonces sólo Alejandro Rodríguez Alvarez) que llegado de Gijón con sus padres, maestros nacionales destinados a nuestra capital en 1919, estuvo aquí residiendo en vida familiar unos cinco años, hasta que marchó a Madrid para ingresar en la Escuela Superior del Magisterio, aspirando con sus estudios a la Inspección de Enseñanza Primaria, que había desempeñado su madre y que más tarde había él también de conseguir y honrar.

Figurémonos un joven delgado, de mediana estatura, tez trigueña pálida, faz pomulosa, ojos entre melancólicos y expresivos, con su peinado a raya y guedeja poblada y negra, que le caía un poco a la derecha y le hacía mancha oscura paralela con la chalina que entonces él llevaba y le prestaba algo de interés y romántica distinción a su sencillo indumento, ni tan desaliñado como el del poeta de las «Soledades», ni mucho más pulcro y elegante. Este mancebo, de habla pausada y cadenciosa, reminiscencia de su bable ancestral, que se distinguía por sus modales comedidos entre el grupo revuelto y díscolo de los condiscípulos, llegó al Instituto de Murcia con casi todos los cursos aprobados, a tiempo de acabar y revalidar su Bachillerato. Contra la voluntad paterna, suspendió de momento estudios académicos sucesivos, no queriendo emprender los del Magisterio Nacional que tenían casi todos sus hermanos y hermanas, y que años después él acometería. Se aficiona y dedica por completo a la lectura privada de obras literarias clásicas y modernas, y de revistas artísticas y culturales; a pergeñar sus primeros versos de afición, a presenciar en el Teatro Romea, desde humildes asientos a su alcance, las obras que daban de vez en cuando las buenas compañías; y empieza a acudir al Conservatorio de Música y Declamación, frecuentando las clases de esta última disciplina, medianamente regentadas, pero donde su inclinación y curiosidad de aspirante a actor y declamador encuentran la primera forja y escuela adecuadas. Ya venía él inoculado de estos afanes desde que, siendo imberbe, había leído por primera vez una obra dramática en verso que fué, según confesaba, nada menos que «La vida es sueño» de Calderón, de impacto y fascinación sensoriales para su fantasía y sensibilidad.

Clandestinamente o con simulados pretextos, solía salir con frecuencia de su casa de Murcia, en compañía de algunos amigos, hacia pueblos de la provincia (San Pedro del Pinatar repetidamente entre ellos) a representar obritas teatrales, comedias y sainetes, en patios o salones públicos de los de cine mudo y dominguero; siendo de notar que muchas veces él y sus acompañantes, lejos de obtener provecho económico, no llegaban a cubrir gastos, perdiendo dinero que acaso debían, en estas aventureras excursiones, origen más de una vez de reconversión familiar. Luego, con ventajosa aplicación, cursó los años de la carrera de Maestro en la Escuela Nor-



mal de Murcia, donde acabo de ver su expediente académico personal. Y también comenzó muy voluntarioso y con loables fines, en plan de alumno libre oyente, los estudios del curso Preparatorio de la Facultad de Filosofía y Letras, que era el único con que a la sazón contaba nuestra pubescente Universidad, en dicha rama. Por cierto que es de esta época, la anécdota que él mismo contaba con bastante gracejo de su único suspenso, precisa y paradójicamente en la asignatura de Literatura Española; no debido a desaplicación o ignorancia, sino que tuvo su raíz en un incidente de clase, debido a la abierta discrepancia de gustos y criterios estéticos entre el docto y arcaico catedrático Sr. Lomba de la Pedraja y el joven y cultivado alumno, oreado ya por las brisas de la corriente modernista.

Sobre esos años —1920 a 1923— inquietos y a la vez placenteros para nuestro estudiante, ha escrito él, sobria y lealmente, emocionados y precisos recuerdos: «Me une a Murcia —dice— mi juventud con todas sus iniciaciones». Y muestra su contento retrospectivo y su gratitud impercedera a sus maestros, compañeros y amigos de aquella época, añadiendo: «Mis años de Murcia (quizás embellecidos por la distancia) están entre las cosas mejores de mi vida. Y naturalmente, los compañeros de entonces (gentes de modesta y honrada condición que nominalmente enumera) y los viejos maestros, algunos ya desaparecidos: Dionisio Sierra, Andrés Sobejano y el gran poeta Jara Carrillo. Todos ellos tuvieron la culpa de que yo tomara el camino del teatro, empezado y seguido forzosamente a lo largo y lo ancho de tantos países, hasta el punto de haberse convertido en mi vida única, auténtica y total.» Así se expresa en ésta y otras cartas particulares escritas desde Buenos Aires en 1951 y 1953 a su amigo don Julio Reyes, y publicadas en el libro de J. Rodríguez Richart «Vida y Teatro de Alejandro Casona». Y en otra larga y singular epístola de octubre de 1947 viene un garboso párrafo, henchido de menciones y motivos murcianos de su época: «Aunque pudiera olvidar a gentes elevadas que traté en el extranjero, y a personajes y fiestas europeas y americanas de fama... todavía recuerdo el ojo tuerto y los caballitos de cartón de Capdevila, el viejo portero gruñón del Teatro Romea, que nos dejaba pasar alguna vez a ver los incendios y las inundaciones de Rambal o el salto de Borrás en la mesa rural de Manelik y el desfile con tramoya pueril del «Entierro de la Sardina» por la calle Platería... y el Bando de la Huerta con sus romances panochos y el Coso Blanco donde ensayaba Planes sus estatuas, y los caramelos con aleluyas al paso de las procesiones de Salzillo. Epoca de fe en todo, de descubrir una maravilla cada día, de Juegos Florales provincianos, de charlas interminables entre la doble fila de chumberas del Malecón hasta el Plano de San Francisco, y de locos proyectos donde todo era hermoso porque todo era imaginación sin rienda. ¿Era realmente hermosa Murcia o es simplemente porque éramos jóvenes?



Lo único que sé es que entonces cuatro versos y un plato de michirones hacían una tarde feliz».

En Murcia escribe y publica sus más tempranas producciones rimadas, desde un Romance heroico sobre el Triunfo del Ave María, inserto en la revista local «Poly-technicum», por gestión mía, y que le fué premiado en un Certamen de Zamora, a otros variados poemas líricos, que leyó a veces en veladas y fiestas culturales de Centros diversos y del Conservatorio, o que aparecían con su firma en Semanarios u hojas locales. Y aún parece que fué en esta temporada murciana cuando concibió y escribió, en colaboración con otro colega aficionado, una pequeña pieza teatral, sin importancia, cuyas primicias de interpretación ofreció a nuestra provinciana la actriz Juanita Azorín, que era entonces una destacada dama joven.

Fué componiendo y dando a la luz pública ensayos poéticos cada vez más finos y perfectos, con muy seguro estro y notoria galanura. Y al mencionar este adelanto, debo aquí referirme, no por propia vanagloria sino por subrayar su natural modestia y consecuente fidelidad, a la parte personal y directa influencia que tuvo el que esto escribe, según aquél reconocía y se complacía en exponer públicamente, en el fomento y dirección de sus aptitudes, y en su formación y avanzada educación literaria en aquellos años mozos en que lo conocí y traté con bastante asiduidad. Porque, además de algunas asistencias atentas, aunque intermitentes, a mis clases oficiales, venía él con mucha frecuencia hasta mí, tímido al principio, con más soltura después, a mostrarme en mi despacho de la Biblioteca Pública, sus composiciones en verso y prosa, para que le manifestase sinceramente mi opinión y se las corrigiese, si de ello eran susceptibles. Lo acogí siempre con simpatía y aliento. Y, claro es, pese a algún balbuceo de novel en la técnica, como quiera que descubrí en su aspiración y en su persona una delicada sensibilidad y temperamento poéticos, una imaginación despierta y fácil al tropo, y una vena de auténtico sentimiento que, sobre los medios preceptistas, afloraba en sus rimas, no sólo le animé y estimulaba a que escribiera más y a menudo, y que publicase sus nada vulgares poemas, sino que le proporcioné facilidades y tribunas donde poder recitarlos o verlos en letras de molde, dándose más a conocer en aquel medio ambiente literario murciano, donde a la sazón brillaban escritores excelentes y se acusaban núcleos muy estimables de poetas jóvenes y bisoños.

Seguramente por ese apoyo moral, leales observaciones y corrección de estilo, y el aliento brioso y entusiasta que merecía, y yo nunca le negué, es por lo que escribió también hace pocos años y a distancia, para legítima satisfacción mía y revelación abierta de su buen natural y noble gratitud, ciertas líneas que constan en el citado libro de Rodríguez Richart (pág. 15.



nota 5) considerándome amablemente como el más íntimo y verdadero de sus maestros de Murcia, y declarando expresamente deberme, más que a otro alguno, por mis consejos, mi prestación de libros y mi fe en él; haber emprendido en su florida juventud el camino de la Literatura. ¿No había yo de tener fe en él y en su porvenir, si lo veía todo tenaz y enfervorizado en su incipiente labor e iluminado por la gracia de la inspiración, dádiva de los elegidos? ¡Qué mayor orgullo y contento para un profesor de Letras humanas que haber ayudado socráticamente a la revelación de tan singular ingenio y descollante pluma como la de este escritor sutil de nuestro tiempo! Lo que yo pudiera haberle proyectado de mi propia minerva o juicio sereno, aunque afectivo, queda muy superado por el mérito personal que supone el paladino reconocimiento agradecido por la orientación ajena, imparcial y oportuna.

Todo esto, memorable y formativo del embrión de su alta personalidad posterior literaria, sucede y rodea a Alejandro en los cinco años que él hubo residido en esta ciudad de Murcia; de los que había que oírle narrar en la intimidad el interesante y ameno anecdótico que en su madurez aún recordaba: Nombres y detalles de artistas, de profesores, de condiscípulos, de muchachas bonitas, de personajes y personajillos locales, muchos ya olvidados, de esos sus días veinteañeros de vecindad aquí, en soltería y régimen de familia; y minuciosos datos descriptivos de lugares, rincones y alrededores de nuestra ciudad renovaban su desfilar con cálida y nítida precisión en sus remembranzas de aquel período inolvidable y decisivo de su vida.

Después emprende su vuelo que había de resultar de águila caudal: Madrid, con sus estudios y prácticas pedagógicas. Y luego, con su destino profesional oficial, el anfiteatro pirenaico de Les, en el valle de Arán; retiro dulcificado por el íntimo encanto de su luna de miel con esposa amada e inteligente, también de su misma carrera. De allí nos llegan sus primeros libros editados, algunos de los cuales, como «Flor de leyendas» mereció el Premio Nacional de Literatura. En el titulado «La flauta del sapo», colección de poemas, aparece ya por primera vez el seudónimo de «Casona» que designa la vieja y amplia casa solariega de la aldea de Besullos, en Asturias, donde nació, y cuyo ambiente de misterio y leyenda le sirvió para aprestar y enmarcar algunas de sus obras, dándoles tintes de originalidad escénica.

El triunfo definitivo viene ya, inesperado y ruidoso, con la obtención en 1933 del Premio Lope de Vega, del Ayuntamiento de Madrid, con su comedia en tres actos «La sirena varada», estrenada en 1934, con un éxito de clamor, en el Teatro Español, por una compañía estelar en que formaban, entre otros notables, los ases Margarita Xirgu y Enrique Borrás. ¡Qué radiante estaba Alejandro, a las muy pocas noches del señalado estreno, en



el saloncillo de aquel teatro, donde tuve el placer de abrazarle, entre elevadas figuras de la escena y la Literatura, a las que nos fue presentando a mí y a algunos otros murcianos que me acompañaban...! Y luego, el salto a Europa y después a América, en cuyos principales coliseos se han simultaneando, durante muy largos plazos, representaciones de sus obras ya consagradas por el éxito unánime de crítica y de público. Se afinsa, reside y produce numerosas y resonantes creaciones dramáticas, en Buenos Aires, durante todo el tiempo de nuestra cruenta guerra y algunos años después, en los que sueña con volver a España ya sosegada. Los títulos más sobrees-timados de esa abundante y selecta producción de ausencia, están hoy diaria y mutiplicadamente estampados en los carteles de casi todos los teatros de la nación.

No apartando nuestro punto de vista de su relación y recuerdo para Murcia (su fragua literaria), es cosa conocida que Casona mantuvo afectuosa correspondencia, durante dicho tiempo de alejamiento continental, con muchos amigos de Murcia a quienes de vez en cuando escribía añorando la etapa de su educación artística y dramática en ésta, que le había valido ser conocido con justa fama en la Argentina, Uruguay, Cuba, Puerto Rico, Colombia, Chile y otras naciones hispano-latinas, y en los principales teatros de Europa, donde se represntaban sus obras con el marchamo del éxito.

Vuelto a España definitivamente hace tres años, ya con aureola y el peso del dinero y renombre ganados, más el de sus años laboriosos y de lejana ausencia de la patria, aún se desvivía al presente por Murcia y sus amigos de aquí; de ello tenemos excepcionales y últimos testigos destacados, como el matrimonio Carlos Ruiz-Funes y Ana Puig que guardan, como una joya, entre otras cartas la que les dirigiera, llena de cariño y esperanza desde su lecho de dolor y preagonía. En el pasado año de 1964 vino por acá, sin apenas anuncio previo, nuestro eximio autor, camino de Cartagena, para asistir al estreno de su biografía escenificada de Quevedo «El caballero de las espuelas de oro». Los que tuvimos la suerte de acompañarle algunas horas de su viaje, por nuestra ciudad, donde buscaba su antigua casa, hoy desaparecida por nuevas construcciones, y los alrededores pintorescos que recordaba, pudimos apreciar qué cantidad de gozo y de cariño ponía espontánea y fervorosamente, en todo lo relativo a la capital donde se moldeó su primera y fundamental vocación literaria.

Ahora mismo, hace muy pocos meses, me decía en carta autógrafa que su muerte me ha convertido en reliquia: «Sigo esperando la ocasión de volver por Murcia con mi Compañía; pero, parece que no hay manera de encontrar fecha conveniente para todos». ¡Y hemos quedado esperándolo ya inútilmente, para nunca! La Muerte, La Peregrina de su famosa Comedia lo ha arrebatado sañudamente de entre nosotros, ahora



cuando ya, en el declinar de su edad, le sonreía como nunca la existencia.

Este perfil humano de Alejandro Casona, vertido aquí hacia nuestra tierra luminosa, tan diferente de la suya natal, nórdica y brumosa, debe permanecer imborrable en nuestra admiración y simpatía, por el afecto que siempre tuvo, desde que pisó su suelo, a nuestra ciudad. Y cuando oigamos ceebrar su obra y su nombre (que será durante mucho tiempo) deberemos renovar nuestra meditación acerca de él, pensando y diciéndonos para nuestro interior: ¡Alejandro Casona! He ahí un glorioso autor español y universal que vivió y luchó en Murcia durante sus días mejores. y que la amó mucho.

Pongo punto final, dando a conocer una concisa semblanza en verso que, al pie de un retrato suyo, le compuse y dediqué el año último, y que mereció de su bondad la más amable de sus sonrisas de pláceme. Dice así:

*"Este mago de la escena  
de rosada frente calva  
plasmó una Dama del alba  
y varó esquiva Sirena.  
Su dramaturgia está llena  
de realismo y fantasía:  
Es humana y es del día;  
y en deliciosa ficción  
une ironía y pasión  
en un nimbo de poesía".*

ANDRES SOBEJANO

Murcia-Septiembre 1965

